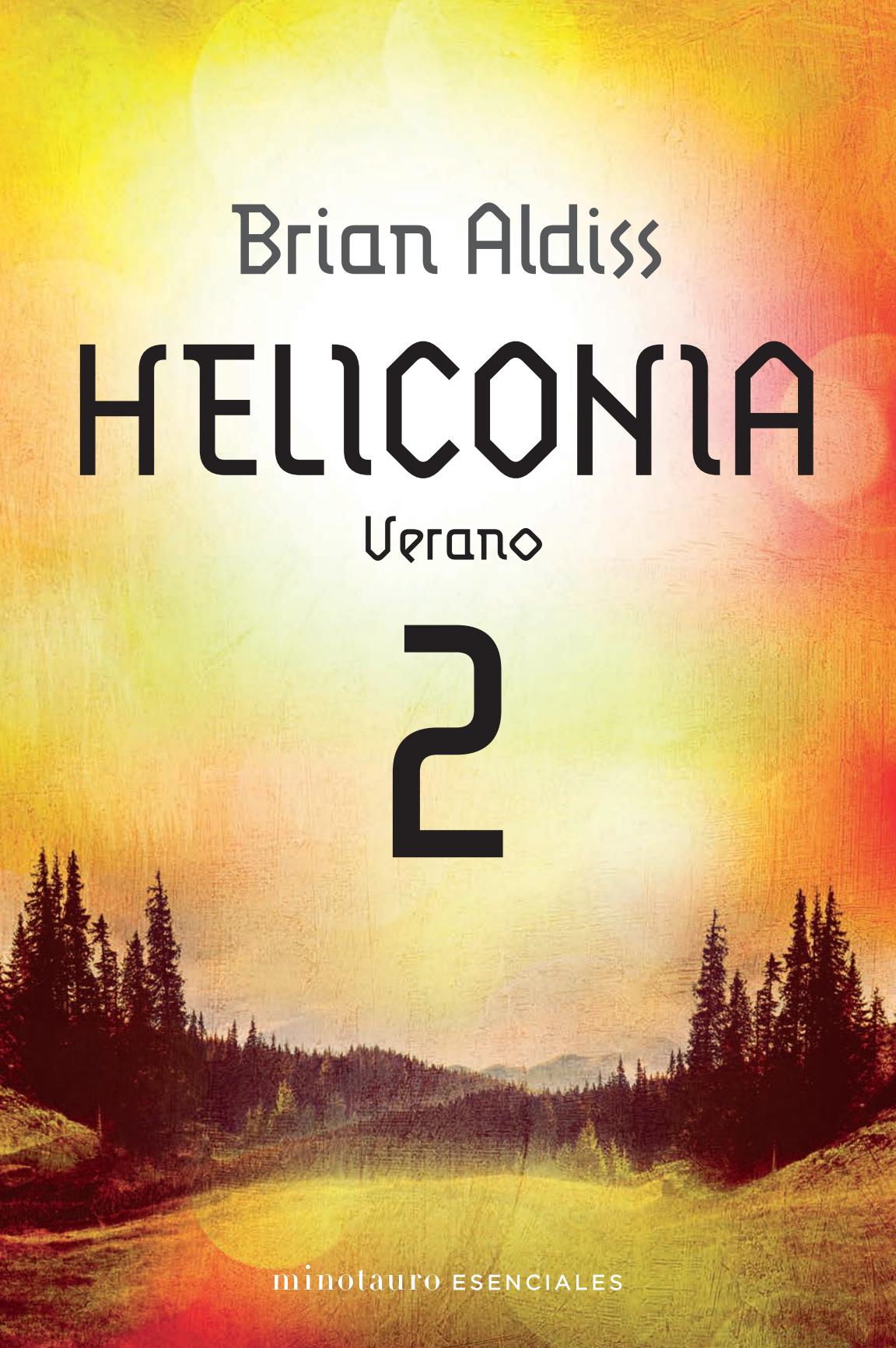




Brian Aldiss

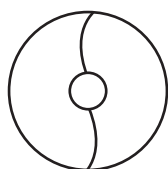
HELICONIA

Verano

2

minotauro ESENCIALES

Η Σ Λ Ι C Θ Π Ι Δ
V Σ R Δ Π Θ



B R I Δ Π Δ L D I S S

minotauro ESENCIALES

Heliconia: verano

Título original: *Heliconia Summer*

Copyright © Brian W. Aldiss, 1983

© Traducción de Carlos Peralta

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Imagen y diseño de cubierta: Cover Kitchen

Revisión: OrmoBook

ISBN: 978-84-450-1863-7

Depósito legal: B. 13.891-2024

Impreso en UE / Printed in EU

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Insíscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

X: @minotaurolibros

La costa marina de Borlien

Las olas subían la pendiente de la playa, caían hacia atrás, y regresaban.

En el mar, a poca distancia, una masa rocosa coronada de vegetación interrumpía la procesión del oleaje. Señalaba la división entre aguas someras y profundas. Esa roca había sido parte de una montaña situada tierra adentro, hasta que las convulsiones volcánicas la habían arrojado a la bahía.

Esa roca estaba ahora domesticada por un nombre. Se la conocía como la Roca de Linien, y en honor de esta, la bahía y sus alrededores recibían el apelativo de Gravabagalinien. Más allá estaban los trémulos azules del Mar de las Águilas. La arena agitada enturbiaba las olas que rompían contra la costa dispersándose en ráfagas de espuma blanca. La espuma subía corriendo la cuesta para hundirse luego, voluptuosamente, en la playa.

Después de rodear el bastión de la Roca de Linien, las olas convergían desde distintos ángulos, chocaban con redoblado vigor y giraban en torno de las patas de un trono dorado que cuatro phagors depositaban en ese momento sobre la arena. Los diez dedos rosados de los pies de la reina de Borlien se hundieron en el agua.

Los descornados seres de dos filos permanecieron inmóviles. A pesar de lo mucho que temían el agua, apenas con un leve estremecimiento de sus orejas permitieron que el agua lechosa les hirviera alrededor de los pies. Aunque habían traído la carga real desde el palacio de Gravabagalinien, a media milla, no parecían fatigados. El calor era intenso, pero no se mostraban incómodos. Y tampoco revelaron interés cuando la reina caminó desnuda desde el trono hasta el mar.

Más atrás de los phagors, sobre la arena seca, el mayordomo del palacio supervisaba a dos esclavos humanos que armaban una tienda y la cubrían luego con brillantes alfombras madi.

Pequeñas olas jugueteaban alrededor de los tobillos de la reina MyrдемInggala. Los campesinos de Borlien la llamaban «reina de reinas». Con ella estaban la hija que había tenido con el rey, la princesa Tatro, y algunos de sus fieles acompañantes.

La princesa gritaba y saltaba de excitación. A la edad de dos años y tres décimos, consideraba el mar como un amigo enorme y sin mente.

—¡Oh, mira esa ola que viene, madre! ¡La más grande hasta ahora! Y la siguiente..., aquí viene... ¡Oooh! ¡Un monstruo grande como el cielo! ¡Cada vez más grandes! Más grandes, madre, ¡mira, madre! Mira esta, mira, va a estallar y... ¡Oh, aquí llega otra aún más inmensa! ¡Mira, mira, madre!

La reina asintió con gravedad ante el regocijo de su hija, entre olas pequeñas y tranquilas, y elevó la mirada hacia la distancia. Nubes de color pizarra se amontonaban en el horizonte sur, anunciando la próxima estación de los monzones. Las aguas profundas tenían una resonancia que la palabra «azul» no podía describir con exactitud. La reina veía celeste, aguamarina, turquesa, viridiana. Llevaba en un dedo el anillo que le había vendido un mercader de Oldorando, con una piedra —única y de origen desconocido— que reproducía los colores del mar

por la mañana. Sentía que su vida, y la de su hija, eran a la existencia como esa piedra al océano.

De esa reserva de vida procedían las olas que encantaban a Tatro. Para la niña cada ola era un acontecimiento distinto, y lo experimentaba sin relación con el anterior y el siguiente. Cada ola era única. Tatro se demoraba aún en el eterno presente de la infancia.

Para la reina las olas representaban una operación continua, no solo del océano, sino del proceso mundial. Ese proceso incluía el rechazo de ella por su marido, los ejércitos en marcha en el horizonte, el calor creciente y la vela que día tras día ansiaba ver en el mar. No podía escapar de ninguna de esas cosas. Pasadas o futuras, estaban implícitas en su peligroso presente.

Dijo adiós a Tatro, corrió hacia adelante y se zambulló en el agua. Se alejaba de la pequeña figura que vacilaba en la playa para desposarse con el océano. El anillo relucía mientras sus manos cortaban la superficie y nadaba hacia afuera.

El agua le rodeaba los miembros refrescándolos con lujuria. La reina sentía la energía del océano. Al frente, una línea de blancas rompientes señalaba la división entre las aguas de la bahía y el mar, en donde fluía una gran corriente hacia el oeste, separando las calurosas tierras de Campannat de las heladas de Hespagorat y rodeando el mundo. MyrdemInggala nunca traspone esa línea si no era acompañada por sus familiares.

Estos acudían ahora, atraídos por el olor de su femineidad. Se acercaban nadando. La reina se reunió con ellos; hablaban en una lengua orquestal que para ella aún era ajena. Le advertían que algo –algo desagradable– estaba a punto de ocurrir. Algo que emergería del mar, su remo.

El exilio había traído a la reina a este desamparado punto del extremo sur de Borlien, Gravabagalinien, Gravabagalinien la Antigua, encantada por un ejército espectral que mucho

antes había perecido allá. Ese era todo su reducido reino. Y sin embargo, había descubierto otro reino, en el mar. Había sido por casualidad, un día en que había entrado al mar durante el período menstrual. En el agua, su olor había atraído a sus familiares. Estos se convirtieron luego en sus compañeros cotidianos, y en su consuelo por todo lo que había perdido y por todo lo que la amenazaba.

Escoltada por las criaturas, MyrdemInggala flotaba sobre su espalda, con las partes más delicadas de su cuerpo expuestas al calor de Batalix. El agua zumbaba en sus oídos. Tenía pechos pequeños, pezones color canela, caderas anchas, cintura angosta. El sol resplandecía sobre su piel. Sus acompañantes humanos estaban cerca. Algunos nadaban junto a la Roca de Linien, otros en línea paralela a la playa; todos, de manera inconsciente, tenían a la reina como punto de referencia. Sus voces competían con el estrépito de las olas.

Lejos de la costa, más allá de los desechos marinos, más allá de los acantilados, se erguía el blanco y dorado palacio de Gravabagalinien, donde la reina en el exilio aguardaba el divorcio o el asesinato. A los ojos de los nadadores parecía una casa de juguete.

En la playa, los phagors permanecían quietos. Mar adentro, una vela estaba inmóvil. Las nubes del sur no se movían. Todo esperaba.

Pero el tiempo avanzaba. La medialuz se aproximaba a su fin; ninguna persona de rango, en esas latitudes, se exponía al cielo abierto cuando los dos soles estaban en lo alto. Y mientras transcurría la medialuz, las nubes se tornaban más amenazantes y la vela se inclinaba hacia el este, acercándose al puerto de Ottassol.

A su debido tiempo, las olas trajeron un cadáver humano con ellas. Ese era el hecho desagradable anunciado por los familiares, que gemían de disgusto.

El cuerpo rodeó la Roca de Linien, como si todavía poseyera vida y voluntad, y fue arrojado a las aguas bajas. Allí quedó extendido, boca abajo. Un ave marina se posó en su hombro.

MyrdemInggala vio el destello blanco y se acercó para inspeccionar. Una de las damas de su corte ya estaba allí y miraba horrorizada el extraño pez. Su denso pelo negro, empapado de agua salada, formaba mechones puntiagudos. Un brazo, quizás roto, le rodeaba el cuello. El sol secaba ya su carne arrugada cuando la sombra de la reina cayó sobre ella.

El cuerpo estaba hinchado por la putrefacción. Unos diminutos camarones se desplazaron velozmente en el agua para alimentarse de una rodilla rota. Con el pie, la dama de la corte dio vuelta el cadáver, que cayó sobre la espalda. Olía mal.

Una masa bullente de peces cuchara colgaba del rostro, devorando los huecos de la boca y los ojos. Ni siquiera bajo el brillo de Batalix interrumpieron su tarea.

La reina se volvió velozmente al oír los pasos de unos pies pequeños. Tomó a Tatro y la alzó por encima de su cabeza; luego la besó y le sonrió para tranquilizarla y se alejó por la playa. Mientras lo hacía, llamó a su mayordomo.

—¡ScufBar! Quita eso de ahí. Hazlo quemar tan pronto como puedas. Fuera de las viejas murallas.

El criado se puso de pie a la sombra de la tienda, quitándose la arena del charfrul.

—De inmediato, señora —dijo.

Más tarde, la reina, movida por la ansiedad, encontró otro medio para eliminar el cadáver.

—Conozco cierto hombre en Ottassol. Llévaselo —dijo a su pequeño mayordomo, mirándolo fijamente—. Compra cuerpos. Y también te daré una carta, aunque no para el anatomista.

A este último no debes decirle de dónde vienes, ¿has comprendido?

—¿Quién es ese hombre, señora? —ScufBar parecía la imagen misma de la renuencia.

—Se llama CaraBansity. No debes mencionar mi nombre. Tiene fama de hombre astuto.

Se esforzó por ocultar su turbación ante los criados, sin imaginar que un día su honor estaría en manos de CaraBansity.

Debajo del chirriante palacio de madera había un panal de fríos sótanos. Algunos estaban repletos de bloques de hielo, cortados de un glaciar del lejano Hespagorat. Cuando los dos soles se pusieron, el mayordomo ScufBar descendió al sótano llevando sobre la cabeza una linterna de aceite de ballena. Un niño esclavo lo seguía asido al ruedo de su charfrul para no caer. En su deseo de protegerse contra una vida laboriosa, ScufBar había desarrollado un vientre prominente, un pecho hundido y unos hombros redondeados, como para proclamar su insignificancia, eludiendo de ese modo nuevas obligaciones. Pero esta vez, la protección no había servido. La reina tenía un encargo para él.

Se puso un delantal y unos guantes de cuero. Apartando las esteras que cubrían una pila de bloques, entregó la linterna al chico y tomó una piqueta para hielo. Con dos golpes desprendió un trozo del bloque más cercano.

Alzándolo y quejándose, para convencer al chico de lo pesado que era, subió lentamente la escalera. Hizo que el esclavo cerrara la puerta. Unos perros de tamaño monstruoso lo recibieron; erraban sin cesar por los oscuros corredores. Conocían a ScufBar y no ladraron.

Cargando el hielo, traspuso una puerta trasera que daba al aire libre. Esperó hasta oír que el chico esclavo corría el cerrojo en el interior. Solo entonces empezó a cruzar el patio.

En lo alto brillaban las estrellas, y un ocasional destello violeta de la aurora alumbró su camino hasta los establos por debajo de un arco de madera. Sintió el olor penetrante del estiércol de hoxney.

Un mozo de cuadra aguardaba tembloroso en la oscuridad. Todo el mundo estaba inquieto en Gravabagalinien después del crepúsculo, se decía que entonces los soldados del ejército muerto salían a buscar octavas de tierra favorables. Una hilera de hoxneys castaños piafaba en la oscuridad.

—¿Está listo mi hoxney, muchacho?

—Sí.

El mozo había preparado un hoxney de carga para el viaje de ScufBar. Había asegurado sobre el lomo del animal un largo cesto de mimbre, especial para transportar mercancías que debían ser enfriadas con hielo. Con un quejido final, ScufBar deslizó el bloque de hielo en el cesto, sobre una capa de serrín.

—Ahora ayúdame con el cuerpo, y sin remilgos.

El cadáver que había sido arrojado a la bahía estaba en un rincón del establo, en medio de un charco de agua salada. Los dos hombres lo arrastraron, y luego de alzarlo, lo ubicaron sobre el hielo. Con cierto alivio, aseguraron la tapa del cesto.

—Qué horrible cosa helada —dijo el mozo de cuadra, tocándose las manos en el charfrul.

—A poca gente le agrada un cadáver humano —dijo ScufBar, mientras se quitaba los guantes y el delantal—. Es una suerte que el deuteroscopista de Ottassol sea uno de esos pocos.

Salió del establo con el hoxney y pasó ante la guardia del palacio; caras hirsutas lo miraron con inquietud desde una garita junto a la muralla. El rey no había dado a la reina desdeñada, para su protección, más que ancianos o personas en quienes ella no podía confiar. El mismo ScufBar se sentía inquieto, y no cesaba de mirar alrededor. Hasta el lejano estruendo del

mar lo ponía nervioso. Una vez que hubo abandonado el palacio, se detuvo, respiró y miró hacia atrás.

La masa de aquel parecía recortada contra el brillo de las estrellas. Solo una luz, en cierto lugar, ponía un punto en la oscuridad. Allí era posible distinguir la figura de una mujer de pie en un balcón, mirando hacia el interior. ScufBar asintió para sus adentros, se dirigió al camino de la costa y tironeó de la cabeza del hoxney hacia el este, en dirección a Ottassol.

La reina MyrdemInggala había llamado a su mayordomo más temprano que de costumbre. Aunque era una persona religiosa, la superstición pesaba en ella y el descubrimiento del cadáver la turbaba hasta el punto de considerarlo como un augurio de su propia y amenazadora muerte.

Dio el beso de las buenas noches a la princesa Tatroman-Adala y se retiró a rezar. Esa noche, Akhanaba no le dio consuelo, aunque ella había concebido un sencillo plan para utilizar inteligentemente el cadáver.

Temía lo que pudiera hacer el rey, a ella y a su hija. Estaba desprotegida contra su ira, y comprendía claramente que mientras viviera, su popularidad sería un riesgo para él. Había una persona que podía defenderla, un joven general; le había enviado una carta.

Pero él estaba combatiendo en las Guerras Occidentales y no había respondido.

Ahora, ella le enviaba otra carta, al cuidado de ScufBar. En Ottassol, a cien millas de distancia, su marido y uno de los enviados del Santo Imperio Pannovalano eran esperados en breve. El enviado se llamaba Alam Esomberr, y traería consigo una declaración de divorcio que ella debería firmar. Pensar en ese instante le produjo un estremecimiento.

Su carta estaba dirigida a Alam Esomberr; le pedía protección contra su marido. Un mensajero sería detenido por alguna

patrulla del rey; un hombre grueso con un animal de carga pasaría inadvertido. Nadie que inspeccionara el cadáver pensaría en buscar una carta.

La carta no era para el enviado Esomberr, sino para el Santo C'Sarr. El C'Sarr tenía motivos para sentirse disgustado con el rey, y con toda seguridad estaría dispuesto a amparar a una piadosa reina en desgracia.

De pie en el balcón, descalza, contemplaba la noche. Se rio de sí misma por depositar su confianza en una carta, cuando el mundo entero tal vez estaba a punto de incendiarse. Dirigió su mirada hacia el horizonte del norte. Allí, el Cometa de YrapRombry ardía: para algunos era el símbolo del exterminio, para otros, el de la salvación. Un ave nocturna llamó. La reina escuchó el sonido incluso después de que este hubo muerto, como se mira un cuchillo que cae inevitablemente en aguas claras.

Cuando estuvo segura de que el mayordomo estaba en camino, retornó a su cama y corrió las cortinas de seda que la rodeaban. Permaneció recostada allí, con los ojos abiertos.

En la oscuridad, el polvo del camino de la costa parecía blanco. ScufBar se movía dificultosamente junto a su cargamento, mirando en torno con ansiedad. Incluso así, no pudo dejar de sorprenderse cuando una figura se materializó en la sombra y le ordenó que se detuviera.

El hombre estaba armado y llevaba ropas militares. Era uno de los soldados del rey JandolAnganol, y le pagaban por vigilar a toda persona que entrara o saliera por orden de la reina. Olió el cesto. ScufBar explicó que iba a vender el cadáver.

—¿Tan pobre es la reina? —preguntó el guardia, y dejó pasar a ScufBar.

ScufBar prosiguió su marcha, atento a cualquier sonido que no fuera el crujir del cesto. La costa estaba llena de contrabandistas, y de cosas peores. Borlien participaba en las Guerras Occidentales contra Randonan y Kace, y bandas de soldados, incursores o desertores, asolaban el interior.

Después de dos horas, ScufBar condujo al hoxney hasta un árbol que extendía sus ramas sobre el camino. Este se empinaba ahora, para unirse con el del sur, el cual corría desde Ottassol, hacia el oeste, hasta la frontera con Randonan.

Llegar a Ottassol llevaría las veinticinco horas del día, completas; pero había maneras más agradables de viajar que ir caminando junto a un hoxney cargado.

Después de atar el animal, ScufBar trepó a una rama baja y esperó. Se quedó dormido.

Lo despertó el rumor de un carro que se acercaba; se deslizó al suelo y aguardó junto al camino, agazapado. La trémula luz de la aurora, en lo alto, le permitió reconocer al viajero. Silbó; oyó un silbido en respuesta, y el carro se detuvo sin prisa.

El dueño del carro era un viejo amigo de ScufBar, llamado FloerCrow, quien procedía de la misma región de Borlien. Todas las semanas, durante el verano del año pequeño, transportaba al mercado los productos de las granjas locales. FloerCrow no era un hombre muy sociable, pero estaba dispuesto a conducir a ScufBar hasta Ottassol a cambio de la ventaja de disponer de otro animal que ayudara a tirar del carro por turnos.

El carro se detuvo el tiempo suficiente para que el hoxney de carga fuera atado al vasal posterior y para que ScufBar trepara, no sin dificultad. FloerCrow hizo chasquear el látigo, y el vehículo avanzó. Un paciente hoxney de color castaño apagado tiraba de él.

A pesar del calor de la noche, FloerCrow llevaba un sombrero de ala ancha y un grueso manto. A su lado, en un soporte

de hierro, había una espada. Su carga consistía en cuatro cochinitillos negros, nísperos, gwing-gwings y un montón de hortalizas. Los desvalidos cochinitillos colgaban en unas redes fuera del carro. ScufBar se acomodó contra el respaldo de tablas y durmió con el gorro sobre los ojos.

Despertó cuando las ruedas comenzaron a atronar sobre surcos endurecidos. El alba desteñía las estrellas mientras Freyr se preparaba para aparecer. La brisa traía el olor de las viviendas humanas.

Aunque la oscuridad se pegaba a la tierra, los campesinos, sombríos y silenciosos, ya se dirigían a los campos. En ocasiones los instrumentos que llevaban producían un ruido metálico. Su paso firme, sus cabezas inclinadas, recordaban la fatiga con que habían retornado al hogar la noche anterior.

Hombres, mujeres, jóvenes, viejos, los campesinos se movían en diversos niveles; algunos, por encima del camino, otros, por debajo. El paisaje, como se revelaba poco a poco, estaba formado por cuñas, barrancos, paredones, todo del mismo color castaño opaco que los hoxneys. Los campesinos habitaban la gran llanura de loess que constituía el centro sur del continente tropical de Campannat. La llanura corría hacia el norte, casi hasta la frontera de Oldorando, y al este del río Takissa, donde se encontraba Ottassol. El rico suelo había sido trabajado por innumerables campesinos a lo largo de incontables años. Se habían construido terraplenes, muros y presas, destruidos y reconstruidos una y otra vez por sucesivas generaciones. Incluso en tiempos de sequía, como el presente, era preciso que trabajaran el loess aquellos cuyo destino era obtener cosechas del suelo.

—¡Ho! —gritó FloerCrow, mientras el carro entraba en un pueblo junto al camino.

Gruesas paredes de loess protegían de los ladrones el amontonamiento de viviendas. Los monzones del año anterior

habían roto y desmoronado las puertas, que aún estaban sin reparar. Aunque la oscuridad todavía era intensa, no se veían luces en ninguna ventana. Gallinas y gansos merodeaban bajo las remendadas murallas de barro, donde había pintados símbolos religiosos apotropaicos.

Una cocina encendida junto a la puerta proporcionaba un motivo de regocijo. El viejo vendedor encargado de ella no necesitaba vocear su mercancía; esta exhalaba un aroma que bastaba para anunciarla. Era un vendedor de waffles. Un flujo regular de campesinos se los compraba para comerlos (camino del trabajo).

FloerCrow puso un dedo en las costillas de ScufBar y señaló con su látigo en dirección al vendedor. ScufBar entendió la insinuación. Descendió del carro y fue a comprar el desayuno. Los waffles pasaban directamente de las ardientes quijadas de la wafflera a las manos de los compradores. FloerCrow comió el suyo con voracidad y se echó a dormir en la parte posterior del carro. ScufBar cambió los hoxneys, aferró las riendas y puso otra vez en marcha el carro.

El día avanzaba. Otros vehículos aparecían en el camino. El paisaje cambió. Durante un trecho la senda corría tan por debajo del nivel del suelo que solo se veían paredones castaños. En otro momento pasaron por la parte superior de un embalse, y luego se hizo visible un amplio paisaje cultivado.

La llanura se extendía en todas direcciones, lisa como una mesa, punteada de figuras agachadas. Prevalían las líneas rectas. Los campos y las terrazas eran cuadrados. Había arboledas. Los ríos habían sido desviados a canales; hasta las velas de las embarcaciones eran de forma rectangular.

Cualquiera que fuese el paisaje, cualquiera que fuese el calor —la temperatura de ese día era de varios cientos—, los campesinos trabajaban mientras hubiera luz en el cielo. Los cultivos de

hortalizas, frutas, y el más provechoso de todos, el de verónica, debían ser atendidos. Las espaldas seguían encorvadas, hubiese uno o dos soles.

El despiadado brillo de Freyr contrastaba con el opaco rostro rojo de Batalix. Nadie podía dudar cuál de los dos era el amo del cielo. Los viajeros que venían desde Oldorando, más cerca del ecuador, hablaban de bosques que reventaban en llamas a la orden de Freyr. Muchos creían que Freyr devoraría el mundo muy pronto; sin embargo, aún era preciso emplear el azadón, y el agua goteaba junto a las plantas delicadas.

El carro se acercaba a Ottassol. Ya no se veían aldeas. Solo campos, extendiéndose hasta un horizonte disuelto en inconsistentes espejismos.

El camino descendió hasta quedar encajado entre paredones de tierra de diez metros de altura. El pueblo se llamaba Mordec. Los hombres descendieron y ataron el hoxney, que permaneció jadeando entre las varas hasta que le llevaron agua. Los dos pequeños animales de color estiércol daban señales de fatiga.

A ambos lados del camino partían estrechos túneles al fondo de los cuales se veía brillar la luz del sol, prolijamente cortada en rectángulos. Los hombres salieron de un túnel a una plaza abierta, por debajo del nivel del campo.

En uno de los lados de la plaza estaba la Jarra Oronda, una posada excavada en la tierra. Su fresco interior solo estaba iluminado por el reflejo de la luz proveniente de la plaza. Frente a la posada había pequeñas viviendas, también abiertas en el loess. Tiestos de flores alegraban sus fachadas color ocre. El pueblo se extendía en un laberinto de pasajes subterráneos, interrumpidos por plazas, muchas de ellas con escaleras que conducían a la superficie donde trabajaba la mayor parte de la población de Mordec. Los campos eran el techo de las casas.

En la posada, mientras tomaban un bocado y bebían vino, FloerCrow dijo:

—Huele mal.

—Hace tiempo que murió —respondió ScufBar—. La reina lo encontró en la playa, donde lo habían arrojado las olas. Yo diría que lo mataron en Ottassol, es lo más probable, y que lo tiraron al mar desde un muelle. La corriente lo llevaría hasta Gravabagalinien.

Mientras regresaban al carro, FloerCrow dijo:

—Mal augurio para la reina de reinas, sin duda.

El largo cesto estaba en la parte posterior, junto a las hortalizas. El hielo fundido goteaba hasta el suelo, donde una lenta espiral de polvo convertía en mármol una charca. Las moscas zumbaban alrededor.

Treparon al carro para recorrer las últimas millas.

—Si el rey JandolAnganol quiere acabar con alguien, lo hará...

ScufBar se escandalizó.

—La reina es muy querida. Tiene amigos en todas partes.

—Tocó la carta que llevaba en un bolsillo interior e hizo un gesto de afirmación para sí mismo—. Amigos influyentes.

—Y él se va a casar con una chiquilla de once años...

—Once y cinco décimos.

—Tanto da. Es repugnante.

—Oh, sí, repugnante —dijo ScufBar—. Imagínate, once años y medio. —Chasqueó los labios y silbó.

Se miraron y sonrieron.

El carro rechinó hacia Ottassol, y los moscardones lo siguieron.

*

Ottassol era la gran ciudad invisible. En épocas menos cálidas la llanura sostenía sus edificios; ahora, estos sostenían la llanura. Ottassol era un laberinto subterráneo donde vivían hombres y phagors. Solo quedaban, en la calcinada superficie, campos y caminos, con un contrapunto de huecos rectangulares. En esos rectángulos había plazas, rodeadas de frentes de viviendas que no mostraban otra configuración externa.

Ottassol era tierra y su contrario: tierra ahuecada, el negativo y el positivo del suelo, como si hubiese sido construida por gusanos geométricos.

La ciudad alojaba a 695 000 personas. Su extensión no se podía ver, y rara vez era apreciada, incluso por sus propios habitantes. El suelo, el clima y la situación geográfica, favorables, habían hecho que el puerto creciera más que la capital de Borlien, Matrassyl. Y esa conejera se extendía, a distintos niveles, hasta que la detenía el río Takissa.

Había calles pavimentadas subterráneas, algunas bastante anchas para permitir el paso de dos carros. ScufBar iba por una de esas calles, llevando el hoxney con su carga. Se había separado de FloerCrow en un mercado, en las afueras de la ciudad. Mientras pasaba los peatones se volvían para mirarlo, tapándose las narices ante el olor que dejaba a su paso. El bloque de hielo se había derretido casi por completo.

—¿El anatomista y deuteroscopista? —preguntó a un transeúnte—. ¿Bardol CaraBansity?

—Plaza Ward.

Mendigos de todas clases pedían limosna en el exterior de las muchas iglesias: soldados heridos que habían regresado del frente, inválidos, hombres y mujeres con terribles cánceres de piel. ScufBar los ignoró. En todas las esquinas y plazas cantaban las pecubeas enjauladas. Los cantos de las muchas variedades de

pecubeas eran lo bastante diferentes para que un ciego pudiera guiarse por ellos.

ScufBar siguió su camino por la maraña de callejuelas, descendió unos pocos anchos escalones hasta la plaza Ward, y se acercó a la puerta donde un cartel mostraba el nombre Bardol CaraBansity. Hizo sonar la campanilla.

Se descorrió un cerrojo y la puerta se abrió. Apareció un phagor vestido con una tosca camisa de cáñamo. Complementó su mirada de color cereza con una pregunta:

—¿Qué quiere?

—Busco al anatomista.

Después de atar el hoxney a un poste, ScufBar entró y se halló en una habitación pequeña y en forma de bóveda. Otro phagor aguardaba detrás de un mostrador.

El primero avanzó por un pasillo, rozando ambas paredes con sus anchos hombros. Descorrió una cortina y entró en un cuarto, en un ángulo del cual había una cama; sobre ella, el anatomista celebraba una conferencia con su esposa. La interrumpió mientras el criado no humano decía lo que tenía que decir, y luego suspiró.

—Ya voy, maldito seas. —Bajó de la cama y se apoyó contra la pared para ponerse los pantalones debajo de su charfrul, que ajustó con lenta deliberación.

La mujer le arrojó un cojín.

—¿Por qué no te concentras nunca, estúpido? Termina lo que has empezado. Dile a esos necios que se marchen.

Él movió la cabeza y sus pesados mofletes temblaron.

—Es el incesante reloj del mundo, querida. Mantén eso caliente hasta que vuelva. No soy yo quien gobierna las idas y venidas de los hombres...

Salió al pasillo y se detuvo en el umbral de su tienda para inspeccionar al recién llegado. Bardol CaraBansity era un

hombre macizo, menos alto que robusto, con una forma cansada de hablar y un pesado cráneo no muy distinto del de un phagor. Usaba un grueso cinturón de cuero sobre su charfrul, y un cuchillo. Aunque parecía un vulgar carnicero, CaraBansity tenía una bien ganada reputación de hombre sagaz.

Con su pecho hundido y su abdomen protuberante, ScufBar no era una visión que impresionara, y CaraBansity demostró, en efecto, que no estaba impresionado.

—Tengo un cuerpo para vender, señor. Un cuerpo humano.

Sin hablar, CaraBansity hizo un gesto a los phagors. Ellos alzaron el cuerpo y lo arrojaron sobre el mostrador. Tenía serrín y fragmentos de hielo adheridos.

El anatomista y deuteroscopista avanzó un paso.

—Está algo podrido. ¿Dónde lo has encontrado, hombre?

—En el río, señor. Mientras pescaba.

El cuerpo estaba tan hinchado por los gases internos que se salía de sus ropas. CaraBansity colocó el cadáver sobre la espalda y extrajo un pescado muerto de su camisa. Lo arrojó a los pies de ScufBar.

—Este es el así llamado pez cuchara. Para nosotros, los que nos preocupamos por la verdad, no es de ningún modo un pez, sino la progeñe marina del gusano de Wutra. Marina. De agua de mar, no dulce. ¿Por qué mientes? ¿Has asesinado a este pobre ser? Pareces un criminal. La frenología lo sugiere.

—Muy bien, señor, si así lo prefiere usted, lo encontré en el mar. Como soy un criado de la infortunada reina, no quería que el hecho fuese demasiado conocido.

CaraBansity lo observó con mayor atención.

—Bandido. ¿De modo que sirves a MyrdemInggala, reina de reinas? Esa señora merecería mejor fortuna y mejores criados.

—No le sirvo tan mal. Dígame cuánto me pagará por este cuerpo.

—Has hecho todo el camino por diez roons, no más. En estos tiempos tan perversos puedo encontrar cadáveres todos los días de la semana. Y más frescos que este, además.

—Me dijeron que me pagaría cincuenta, señor. Cincuenta roons. —ScufBar se frotaba las manos con aire evasivo.

—¿Cómo puede ser que aparezcas aquí con tu maloliente amigo justamente cuando el mismo rey y un enviado del Santo C'Sarr están a punto de llegar a Ottassol? ¿Eres un agente del rey?

ScufBar abrió las manos y se encogió un poco.

—Solo conozco a mi hoxney, que está fuera. Págueme veinticinco solamente, señor, y volveré de inmediato junto a la reina.

—Sois todos codiciosos. No es extraño que el mundo esté por arder.

—Si es así, señor, aceptaré veinte. Veinte roons.

Volviéndose a uno de los phagors, que deslizaba su pálida milt por los ollares finos como ranuras, CaraBansity dijo:

—Paga a este hombre y haz que se marche.

—¿Cuánto debo pagar?

—Diez roons.

ScufBar dejó escapar un gemido de angustia.

—Está bien. Quince. Y envía a tu reina los respetos de Bar-dol CaraBansity.

El phagor buscó entre sus ropas de cáñamo y sacó una pequeña bolsa. De ella surgieron tres monedas de oro, que cayeron en la nudosa palma de la mano con tres dedos. ScufBar tomó las monedas y se dirigió a la puerta con aire sombrío.

CaraBansity ordenó enseguida a uno de sus asistentes no humanos que cargara el cuerpo al hombro —orden que fue acatada sin repugnancia observable— y lo siguiera por un oscuro corredor, invadido por extraños olores. CaraBansity sabía

tanto de estrellas como de intestinos, y su casa –semejante a un intestino– penetraba en lo profundo del loess. Poseía cámaras dedicadas a cada uno de sus intereses, y salidas a varias calles.

Entraron en un laboratorio. La luz penetraba oblicuamente por dos pequeñas ventanas cuadradas incrustadas en el muro de tierra, grueso como el de una fortaleza. Bajo los pies abiertos del phagor brillaban puntos luminosos. Parecían diamantes. Eran fragmentos de cristal, caídos mientras el deuteroscopista fabricaba lentes.

La habitación estaba atestada de despojos científicos. En la pared aparecían pintadas las diez casas del zodiaco. De otro muro colgaban tres cuerpos en distintas etapas de disección: los de un pez gigantesco, un hoxney y un phagor. El hoxney había sido abierto como un libro y privado de sus vísceras, para que quedaran visibles las costillas y la columna vertebral. En una mesa próxima había hojas de papel en las que CaraBansity había trazado detallados dibujos del animal muerto, pintando algunas zonas con tintas de color.

Peyt hizo girar sobre el hombro el cadáver gravabagaliniano y lo colgó, cabeza abajo, de un riel. Dos ganchos atravesaban la carne entre el calcañar y el talón de Aquiles. Los brazos rotos se movían, y las manos hinchadas se apoyaron como cangrejos en el suelo. Al oír una palmada de su amo, Peyt se marchó. A CaraBansity le molestaba la presencia de los seres de dos filos, pero eran más baratos que los sirvientes, e incluso que los esclavos humanos.

Después de contemplar largo rato el cadáver, CaraBansity cortó con su cuchillo las ropas del muerto. Ignoró el hedor de la podredumbre.

Era el cuerpo de un hombre joven; doce años, doce y medio, a lo sumo doce y nueve décimos. No más. Sus ropas eran bastas y extranjeras; tenía el pelo cortado al modo de los marineros.

—Tal vez, amigo mío, no eres de Borlien —dijo CaraBansity al cadáver—. Tus ropas tienen el estilo de Hespagorat... Probablemente, de Dimariam.

El vientre estaba tan distendido que ocultaba por completo un ancho cinturón de cuero. CaraBansity lo abrió. En la carne apareció una herida. Se puso un guante y metió la mano en ella. Sus dedos encontraron un obstáculo. Después de tironear un poco, extrajo un cuerno gris de dos filos que había atravesado el diafragma, hundiéndose profundamente en el cuerpo. Miró el objeto con interés. Los afilados bordes lo convertían en un arma eficaz. Antes había tenido un mango, pero quizás se habría perdido en el mar.

Miró el cuerpo con renovado interés. Los misterios siempre le agradaban.

Depositando el cuerno en el suelo, examinó el cinturón. Era el trabajo de un excelente artesano, pero del tipo que se vendía en todas partes, por ejemplo en Osoilima, donde los peregrinos eran mercado propicio para tales objetos. En el interior había un pequeño bolsillo abotonado. Lo abrió y sacó un objeto incomprensible.

Con el ceño fruncido, llevó en su gruesa palma el objeto a la luz. No se parecía a nada que hubiese visto antes. Ni siquiera podía identificar el metal con el que, en gran parte, estaba hecho. Un escalofrío de temor supersticioso atravesó su mente pragmática.

Mientras lo lavaba debajo de la bomba, eliminando huellas de sangre y de arena, Bindla, su mujer, entró en el laboratorio.

—¿Bardol? ¿Qué haces ahora? Pensé que volverías a la cama. ¿Sabes qué guardaba caliente para ti?

—Me encantaría, pero debo hacer otra cosa. —Le dirigió una de sus sonrisas solemnes. Bindla estaba en su temprana edad madura: veintiocho y un décimo, casi dos años más joven que

él. Su abundante pelo rojizo había perdido algo de su brillo, pero él admiraba la conciencia que ella tenía de sus propios maduros encantos. En ese momento ella exageraba su desagrado por los olores del laboratorio.

—Ni siquiera estás escribiendo tu tratado sobre la religión, la excusa habitual.

Él gruñó:

—Prefiero mis malos olores.

—Hombre perverso. La religión es eterna; el hedor no.

—Al contrario, querida mía de largas piernas; las religiones cambian todo el tiempo. Son los hedores los que no cambian.

—¿Eso te alegra?

Él secaba con un trozo de tela el maravilloso objeto, y no respondió.

—Mira.

Bindla se acercó y apoyó una mano en su hombro.

—¡Por la Roca! —exclamó, asombrada. Él se lo entregó y ella lo miró boquiabierta.

Una tira de metal hábilmente entrelazado, muy parecido a un brazalete, sostenía un papel traslúcido donde brillaban tres series de números.

Leyeron los números en voz alta, mientras él los señalaba con un dedo romo.

06 : 16: 55 12: 37 : 76 19: 20: 14

Las cifras bailaban y cambiaban mientras ellos observaban. Los CaraBansity se miraron sorprendidos. Volvieron a concentrarse en el objeto.

—Jamás he visto un talismán como este —dijo Bindla.

Tuvieron que mirar otra vez, fascinados. Los números eran negros sobre fondo amarillo. Él leyó en voz alta:

Cuando CaraBansity acercó el objeto a su oído para comprobar si emitía algún sonido, el reloj de péndulo de la pared dio trece campanadas. Era un reloj muy complicado, que el mismo CaraBansity había construido en su juventud. Indicaba gráficamente la salida y la puesta de los dos soles, Freyr y Batalix, así como las divisiones del tiempo: los cien segundos por minuto, los cuarenta minutos de cada hora, las veinticinco horas del día, los ocho días de la semana, las seis semanas del décimo, y los diez décimos de ese año de cuatrocientos ochenta días. Un indicador separado mostraba los 1825 pequeños años del Gran Año; ahora señalaba el 381, la fecha presente según el calendario de Borlien y Oldorando.

Bindla escuchó sin oír nada.

—¿Es alguna clase de reloj?

—Tiene que serlo. La cifra central marca las trece, la hora de Borlien...

Ella siempre sabía cuándo algo lo desconcertaba. Se mordía el puño como un niño.

En la parte superior había pequeñas salientes. Ella oprimió una.

Apareció otra serie de cifras:

6877 828 3269
(1177)

—El del centro es el año, según alguno de los antiguos calendarios. ¿Cómo puede funcionar esto?

CaraBansity oprimió el botón y reapareció la serie anterior. Dejó el brazalete sobre el banco y lo miró, pero Bindla lo recogió, lo miró y se lo puso en la muñeca. De inmediato,

el brazalete se ajustó por sí solo, ciñendo su piel. Bindla lanzó un grito.

CaraBansity se dirigió a un estante de usados libros de referencia. Hizo a un lado una antigua copia del *Testamento de RainiLayan* y tomó un ejemplar de las *Tablas Calendarias para Videntes y Deuteroscopistas*. Después de pasar varias páginas, se detuvo en una y pasó el dedo por una columna.

Aunque el año, según el calendario de Borlien-Oldorando, era el 381, esa cifra no era universalmente aceptada. Algunas naciones empleaban otro calendario, mencionado en las *Tablas*. Allí estaba el 828. Lo encontró bajo el título del antiguo y ya fuera de uso «Calendario de Denniss», el cual se asociaba ahora con la brujería y el ocultismo. Dennis era el nombre de un rey legendario que había gobernado, según se suponía, sobre todo Campannlat.

—La cifra central del brazalete se refiere a la hora local... —Volvió a morderse el puño—. Y nada le ha ocurrido al sumergirse en el mar. ¿Dónde hay ahora artesanos capaces de hacer una joya como esta? Sin duda se conserva desde los tiempos del rey Denniss...

Sostuvo la muñeca de su esposa y ambos contemplaron la continua variación de números. Habían encontrado un reloj cuyo sofisticado mecanismo no tenía paralelo, como quizás tampoco su valor ni seguramente su misterio.

Dondequiera que estuviesen los artesanos que lo habían construido, sin duda no padecían la desesperada situación a la que el rey JandolAnganol había llevado a Borlien. En Ottassol las cosas marchaban mejor porque era un puerto que comerciaba con otras tierras. En todo el resto las condiciones eran peores, por la sequía, el hambre y el bandolerismo. Las guerras y escaramuzas agotaban la savia vital del país. Un estadista más capaz que el rey, asesorado por una scritina o parlamento

menos corrompido, haría la paz con los enemigos de Borlien y se ocuparía del bienestar de la población local.

Sin embargo, no era posible odiar a JandolAnganol –aunque a menudo CaraBansity lo intentaba– porque hubiera resuelto abandonar a su hermosa mujer, la reina de reinas, para casarse con una estúpida chiquilla mitad Madi. ¿Por qué haría eso el Águila, sino para fortalecer la alianza entre Borlien y su antigua enemiga, Oldorando, es decir, por el bien de su país? JandolAnganol era un hombre peligroso, desde luego; pero las circunstancias pesaban tanto sobre él como sobre el campesino más pobre.

Tal vez la razón fuera el empeoramiento del clima. La locura del calor, que aumentaba generación tras generación hasta hacer que los árboles ardieran espontáneamente...

–No sigas soñando –dijo Bindla–. Ven y quítame tu ridículo artefacto de la muñeca...